**Ser o no ser (de derecha)**

**Sobre una reciente polémica entre críticos de cine**

***Resumen***

El 6 de junio de 2021, el crítico de cine Roger Koza hizo, en su programa radial, un editorial en el que hablaba, entre otras cosas, sobre las inclinaciones ideológicas de varios de los antiguos críticos surgidos de la legendaria revista *El Amante*, cuya filiación política es muy evidente para todos (aunque la niegan).

Uno de estos, Eduardo Antín (aka) *Quintín*, le respondió con un encendido artículo en la revista *Seúl*, donde la mayoría de ellos escribe. Koza respondió desde su blog *Con los ojos abiertos*. A la polémica se sumaron espadachines de ambos bandos (como Nicolás Prividera y Diego Papic).

En este trabajo intento resumir los principales argumentos de la polémica, situándolos en el contexto mayor de algunas disputas ideológicas actuales en el campo cultural argentino, agravadas, y en cierto sentido llevadas al borde de su propia parodia, durante la pandemia.

\*\*\*

**Ser o no ser (de derecha)**

**Sobre una reciente polémica entre críticos de cine**

*Si ellos te insultan es civilización,*

*si vos los insultás es barbarie.*

Carlos Busqued

El 6 de junio de 2021, el crítico de cine Roger Koza hizo, en su programa radial *La oreja de Bresson* (sexta temporada, programa 9),[[1]](#footnote-2) un editorial en el que hablaba, entre otras cosas, sobre las inclinaciones ideológicas de varios de los antiguos críticos surgidos de la legendaria revista *El Amante*, cuya filiación política es muy evidente para todos (aunque la nieguen).

En lo que sigue, me limito a glosar a Roger Koza, con pequeñas intervenciones aclaratorias mías.

En realidad, el origen de la polémica ─si es que hay uno─ se puede determinar a posteriori. De hecho, Koza empieza citando un tuit de Diego Lerer en el que este crítico habla de las películas de Clint Eastwood, y de la cuestión ─notoria y notable─ de que ciertos críticos las admiren, no (o no solo) por su factura clásica, sino también (y quizas más aun) por la posición política del actor-realizador, públicamente conservadora. Es decir que esa crítica, con ese sesgo en particular, podía situarse muy obviamente a la derecha del espectro político.

Antes de avanzar, Koza cita a Richard Rorty: “Toda descripción tiende a ser un acto de crueldad” *(Contingencia, ironía & solidaridad).* Es decir, admite de entrada, muy honestamente, que las descripciones, aun las positivas, pueden promover una incomodidad en aquel que es descripto. Por esto uno tiende, o debería tender, a ser cuidadoso. Koza vuelve a citar a Rorty: “Liberal significa no ser cruel”.

Como bien sabemos, los que en la Argentina se llaman liberales tienden a ser lo opuesto, si uno se guía por sus intervenciones en el espacio público. Habría que mencionar, como extremo, a Javier Milei en tanto paradigma de actitudes desmesuradas, payasescas, agresivas; alguien en quien la crueldad define su posición de enunciador. (Bueno, ahora ─recientemente elegido diputado─ ya sabemos hasta dónde ha llegado ese sujeto, falta ver hasta dónde puede llegar).

Entonces, ¿utilizar la expresión “derecha cinéfila” es un insulto?

Aquí es donde Koza menciona directamente a los críticos de *El Amante;* entre ellos: Gustavo Noriega, Eduardo Quintín (aka) *Quintín*, Leonardo D’Esposito, Javier Porta Fouz (actual director del BAFICI); Marcelo Panozzo. Personas, evidentemente, “de derechas”. Sucede que no necesariamente estas se identifican como tales, y pueden tomar la atribución como una lectura prejuiciosa.

Es evidente que esa adscripción puede ser argumentada con relativa facilidad, habida cuenta de sus posicionamientos concretos (tanto políticos como estéticos, aunque la relación entre estos ámbitos no sea lineal), así como que tales conclusiones, si se llega a ellas, no los hace ni buenos ni malos, necesariamente, desde un punto de vista moral.

Koza enfatiza en que esto es un fenómeno cultural interesante. Dice que la cultura argentina siempre tendió hacia la izquierda (cita a Piglia, quien un poco irónicamente, alguna vez, se refirió a Mafalda en relación con esto). Justamente, en ese contexto, en esa tradición, ser de derecha no era una idea entre otras, igualmente respetables, ya que se daba una evidente relación con, por ejemplo, las sucesivas dictaduras militares, de las cuales la última fue especialmente definitoria. Es decir, no una derecha liberal, como puede rastrearse internacional o incluso localmente, sino una derecha fascista.

Luego, Koza profundiza en la cuestión de la complejidad que presenta el cine de Eastwood, comparado con sus posiciones políticas públicas; tema en el cual no sigo al crítico porque no hay lugar ni es el interés principal en estas páginas.[[2]](#footnote-3) Sin embargo, dentro de esa complejidad, la “derecha cinéfila” encuentra un cierto cauce adecuado a su admiración y a ciertas reivindicaciones políticas propias.

Koza menciona el chiste de un crítico cordobés, que dice: “Aquí podemos escribir sobre Eastwood sin ser de la revista *Seúl*”. Es importante la mención porque por ahí va a continuar el debate. ¿Una revista cien por ciento identificada con el macrismo puede no ser de derecha?

“El tema más grave es no entender por qué uno piensa lo que piensa”, sigue Koza. La ideología no es algo que se tiene sino algo que lo constituye a uno, “un fuera de campo del yo” (para usar una metáfora cinematográfica muy apropiada). Y esto no se da sin fricciones o contradicciones: como ejemplo, la admiración que estos mismos críticos suelen manifestar hacia Nanni Moretti, un cineasta claramente de izquierda y que se percibe como tal (creo, sin embargo, que esta admiración ha decrecido en los últimos tiempos).

El 27 de junio, *Quintín* responde a Koza con un artículo en la revista *Seúl*: “Dar nombres”.[[3]](#footnote-4)

Empieza con un rodeo que no viene al caso, cita también el tuit de Diego Lerer sobre el cine de Eastwood y desemboca en el editorial de Koza, la parte que más nos interesa:

“Roger Koza, dedicó el editorial del programa de radio *La oreja de Bresson* a hablar de ‘La derecha cinéfila’. Empezó respaldando el tuit de Lerer y confirmó aquel rumor con una lista de nombres que incluían el mío. Dijo, entre otras cosas, que ‘el núcleo fuerte de *El Amante* estaba compuesto por gente de derechas’. Me hizo gracia que usara el término ‘derechas’, en plural, como los españoles. Lo demás me resultó nauseabundo.

(…)

Alguien preguntará por qué me enoja que digan que soy de derecha, si no tiene nada de malo. Eso dijo Koza en la radio. Estoy de acuerdo en que es ser de derecha es tan bueno o tan malo como ser de izquierda, siempre que uno acepte serlo. De lo contrario, el atribuirle a otro filiaciones políticas que no reconoce profesar y, para colmo, adjudicarle retrospectivamente a esas ideas el sentido de su trabajo, se convierte en un acto de delación. La palabra puede parecer fuerte, pero la cacería de brujas, en un sentido estricto o simbólico, tiene una historia que un crítico de cine no debería ignorar. Señalar con el dedo tiene consecuencias. Decir que alguien era de derecha en la Unión Soviética era malísimo y peligroso para el señalado. Lo mismo ocurre en Cuba. Del mismo modo, era malísimo que a uno lo consideraran comunista en tiempos del macartismo. O, sin ir muy lejos, en los tiempos de la Triple A en la Argentina. Es evidente que hoy nadie va a perder la vida porque le digan una cosa u otra. Pero también es evidente que ser de derecha no es bien visto en los medios culturales y andar por ahí con el cartel colgado puede tener consecuencias sociales y laborales si uno forma parte de ese mundo”.

Esto recuerda un poco a aquella vieja queja, muy frecuente en personajes como Octavio Paz y Vargas Llosa, respecto de una supuesta obligación de ser de izquierda en el campo cultural latinoamericano. Dicho en México o en Barcelona, quizás pueda resultar convincente. En medio de una multitud de dictaduras genocidas, parece, al menos, aventurado.

“Pero Koza dijo algo más al respecto ─sigue *Quintín*─. Dijo que quienes hicimos *El Amante*, quienes integramos ‘la derecha cinéfila’, éramos de derecha acaso sin saberlo, porque la ideología constituye a los individuos como ‘un fuera de campo del yo’. Y agregó, además, que uno debería tratar de entender quién es. Y aquí es donde la discusión se pone más interesante, aunque no hace más que aumentar el volumen del megáfono de la indignación. Porque ¿qué querían los interrogadores del estalinismo? Como tan bien lo mostró Arthur Koestler, querían que los acusados se aclararan a sí mismos cuál era la verdadera naturaleza de su pensamiento. Y que, a partir de allí, confesaran y se arrepintieran, especialmente de algo que no eran (trotskistas o espías japoneses, por ejemplo). ‘¿Qué tiene de malo que seas de derecha, Quintín, si esa es tu ideología?’, podría haber dicho el denunciador. ‘Y si no podés arrepentirte, al menos confesalo’. (…) ‘Quintín, no sos libre de decidir, hablás por el megáfono de tu ideología’, dice el inquisidor. Porque el Diablo es en este caso ‘la derecha’ y es hipócrita pretender que, en este contexto, ser de derecha no sea descalificatorio. No era una expresión neutral llamar a alguien comunista en Hollywood. La idea era que la palabra se usara lo más posible y que se dieran los nombres de los infames. No hay mucha diferencia entre el espantajo rojo y el espantajo reaccionario. Cuando el Comité de Actividades Antiamericanas interrogaba a los testigos quería, ante todo, que dieran nombres. *Naming Names* es el título de un libro clásico de Victor Navasky sobre las listas negras de Hollywood y así se le dice hasta hoy a la práctica de delatar.

No es una idea feliz hacer listas, incriminar a la gente bajo la excusa de que no tiene nada de malo ser lo que otro dice que uno es. Aceptar ese pensamiento bajo lleva, por ejemplo, a recopilar nombres e investigar a quienes integran una supuesta ‘reacción’, tarea a la que se dedicó un grupo de periodistas argentinos en estos meses y que provocó la reacción adversa de mucha gente, incluyendo la de varios que pensaban parecido en política a los autores del escrache. Es que no hay que ser de un determinado partido para saber que señalar y delatar son cosas que no se hacen, que no debieran hacerse. Pero no les guardo rencor (…)”.

Hay dos cosas interesantes en estos largos y plañideros párrafos. Una, digamos, interna, y otra, digamos, externa.

La interna es la forma en que empieza citando a Koza con cierta fidelidad para luego poner palabras en su boca, convirtiéndolo en un inquisidor estalinista. O, más graciosamente si cabe, macartista. La conclusión general es que calificar a alguien como “de derecha(s)” es, lisa y llanamente, delatarlo. Uno podría preguntarse: ¿ante quién?, ¿con qué resultados concretos, si justamente los “delatados” son los que están más cercanos al poder (aunque crean que no admitirlo los exime de estos privilegios evidentes)?

El elemento externo es casi ridículo; se trata de constatar que *Quintín* dedica gran parte de su actividad pública a calificar a otras personas e incluso a sus ocasionales interlocutores (entre los cuales yo mismo me he encontrado varias veces): desde estalinista a nazi, *Quintín* planea por todo un rango de descripciones que él cree equivalentes (y, por lo visto, neutras, inofensivas o chistosas, no se sabe bien). La culminación, lo que engloba todo, es el mote de “kirchnerista”, insulto supremo, omniabarcador y autoevidente.

Una hipótesis sobre esto ─para desarrollar en otra ocasión─, en forma de pregunta: ¿Acaso *Quintín* cree que las redes sociales no son una esfera pública y que en ellas se puede decir cualquier cosa, sin las mismas consecuencias que en cualquier otro medio de comunicación? Puede ser, pero hay que tener cuidado también con la falsa ingenuidad, que abre las mismas puertas que la malicia pura y dura.

Una de las respuestas a esta nota delirante fue del crítico y cineasta Nicolás Prividera, en el blog *Con los ojos abiertos*, dirigido por Roger Koza.[[4]](#footnote-5) Su artículo se llamó “Los verdugos también lloran” (4 de julio).[[5]](#footnote-6)

Entre otras cosas, Prividera coincide con lo que acabo de señalar respecto de *Quintín* y su grupo: “no tienen problema de tildar como ‘comunista / chavista / kirchnerista’ a todo lo que se les oponga”). Actúan “Como si lo ideológico se aclarara con la mera ‘autopercepción’ y no fuera una posición objetiva en un campo determinado (es decir, que tampoco implica un juicio moral o de valor, sino de hecho: justamente lo que ellos no hacen con quienes los contradicen).

(…)

la derecha argentina tiene más escrúpulos que otras de la región y el mundo para asumirse como tal, acaso porque pese a todo aún sigue vigente la memoria histórica de los golpes (y terrorismo) de Estado, propiciados inequívocamente por sectores que en esos momentos se ubicaban inequívocamente a la derecha del arco (y basta leer hasta hoy los editoriales de *La Nación* para saber lo que siguen pensando…). Por eso los que luchan por ‘salir del closet’ ideológico necesitan liberarse de esa pesada filiación histórica, como si solo se tratara de ocupar posiciones fuera de contexto.

Hablando de estética y política, otra cuestión distinta es ‘adjudicarle retrospectivamente a esas ideas el sentido de su trabajo’, como señala Quintín (pero llamar a esto ‘un acto de delación’ es una enormidad, aunque tampoco inocente como veremos más adelante). Cuando Koza dijo que ‘el núcleo fuerte de *El Amante* estaba compuesto por gente de derechas’, esa s final de la que Quintín se burla significa también que no se trata de adjudicar retrospectivamente una ideología precisa. Ya que, como Koza aclara (y Quintín cita), quizás por entonces lo eran ‘acaso sin saberlo’: porque la ideología (no en el sentido partidario sino de ‘visión del mundo’) nunca es transparente, y menos para los propios sujetos.

(…)

¿Hace falta decir que ‘comunista’ es hoy la palabra de moda de las nuevas derechas para ‘atribuirle al otro’ una entidad realmente inexistente?

Lo que hay que asumir es que Quintín fue en esto un adelantado: cuando hace unos años usaba esa y otras palabras tomadas del léxico de la Guerra Fría, hasta sus amigos parecían tomarlo como un exabrupto hiperbólico, pero ahora ese discurso delirante se ha vuelto un lugar común y cotidiano, incluso en el degradado campo político. Y sumado a ese uso deshistorizado, se produce también una torsión de los significados: pues si bien es difícil tomarse en serio lo de ‘comunista’ en un mundo dominado hasta en China por el capitalismo, acaso más temible que esa fantasía es la inversión del sentido, como hace ahora Quintín con el término ‘macartismo’, por definición usado por un Estado al acusar a sus ciudadanos por comunistas (algo que tiene una larga tradición en América y sigue existiendo, mientras que las imágenes del temido ‘estalinismo’ solo perviven en los documentales de Loznitsa y un par de países que son como islas detenidas en el tiempo, ya que el poder tiene hoy formas más insidiosas de persecución o censura).

(…)

Del mismo modo, hablar de ‘los interrogadores del estalinismo’ para igualar un editorial en un perdido programa universitario y una investigación periodística independiente sobre la ‘reacción conservadora’ (reacción que probó su existencia a través de su poder para voltear ese sitio) es tan desproporcionado como hablar de ‘listas negras’, que *por definición son secretas, omnipresentes y estatales*” (subrayado mío).

Precisamente, Prividera termina su nota recordando una verdadera “caza de brujas”: la realizada por el sistema de medios estatal durante el macrismo, dirigida por el inefable Hernán Lombardi, y muy publicitada en el programa de Luis Majul. Se trataba de un ataque frontal contra las películas producidas durante el gobierno anterior, todas muy distintas pero arrojadas a la misma bolsa de “propaganda K”. Y esta lista negra se hizo con la colaboración de alguno, o varios, de los críticos de la derecha cinéfila que no osa decir su nombre y se ofende cuando alguien se atreve a señalarlo. No a delatarlo, que es otra cosa.[[6]](#footnote-7)

1. <https://soundcloud.com/la-oreja-de-bresson/la-oreja-de-bresson-sexta-temporada-derecha-e-izquierda>. Entre los 8 y los 25 minutos, aprox. [↑](#footnote-ref-2)
2. Sin duda, la relación entre (posición) política-ideología y estética es compleja, como se sabe ampliamente. Koza da dos ejemplos contrapuestos a nivel personal: su admiración por Sojurov (de derecha) y no por Ken Loach (de izquierda). [↑](#footnote-ref-3)
3. https://seul.ar/dar-nombres. [↑](#footnote-ref-4)
4. <http://www.conlosojosabiertos.com/los-verdugos-tambien-lloran>. [↑](#footnote-ref-5)
5. Dos días antes, Roger Koza ya había contestado a la nota de Quintín con una propia, “Ficciones peligrosas” (<http://www.conlosojosabiertos.com/ficciones-peligrosas>), pero prefiero pasar directamente a la de Prividera. [↑](#footnote-ref-6)
6. Hubo más intervenciones posteriores en este debate: Oscar Cuervo (del “lado” de Koza), Diego Papic (del “lado” de Quintín), Mariano Llinás (¿de su “lado”?)…; pero prefiero remitir a los interesantes debates que se dan habitualmente en los comentarios del blog *Con los ojos abiertos*. [↑](#footnote-ref-7)